



Teatro Grottesco

THOMAS LIGOTTI

Thomas Ligotti, «el secreto mejor guardado de la literatura de horror contemporánea», según el Washington Post, nació en Detroit en 1953 y estudió en la universidad estatal de Michigan. Ha trabajado como editor asociado de la editorial Gale hasta 2001, año en que fijó su residencia en Florida. En 1986 apareció su primera colección de relatos: «Songs of a Dead Dreamer», a la que sucedió «Grimscribe: Vidas y obras» (Gótica n° 99) en 1991, «Noctuario» (Gótica n° 90) en 1994 y «Teatro Grottesco», que ahora presentamos, en 2006. En 2010 apareció su inclasificable ensayo «La conspiración contra la especie humana» (Valdemar / Intempestivas n° 27), una extraña combinación de guía de la literatura de horror y tratado de filosofía nihilista. Descendiente en línea directa de Edgar Allan Poe y H. P. Lovecraft, con quienes compone la insana, justa y necesaria Trinidad de la moderna Literatura Fantástica y Extraña, Thomas Ligotti es un escritor de ficción sobrenatural sin excusas ni condiciones, aclamado ya como un clásico.

Imposible de describir sin acudir a adjetivos desmesurados o crípticos, «Teatro Grottesco» lleva al extremo las ideas nihilistas expuestas en su ensayo «La conspiración contra la especie humana». Los relatos contenidos en este volumen muestran o ejemplifican una realidad desabrida y sin sentido, donde la existencia humana transcurre en círculos de pesadilla, y donde la propia identidad fluye entre la incongruencia y la alucinación. En este universo grotesco o psicótico cuya naturaleza es el simulacro o la ocultación opera una lógica de la indiferencia, de la indeterminación como en la física de partículas que deviene en una lógica de lo peor: el mal es consustancial a la realidad, en cuanto receptora o emanación del sinsentido.

No obstante, en las páginas de este «Teatro Grottesco» late un sutil y extraño humor negro, con resonancias kafkianas,

como descubrirá quien asista a esta inquietante representación.

ENAJENACIONES

[Derangements]

PURITY
THE TOWN MANAGER
SIDESHOW, AND OTHER STORIES
THE CLOWN PUPPET
THE RED TOWER

PUREZA

Vivíamos en una casa alquilada y no era ni la primera ni la última de una larga sucesión de viviendas similares que la familia habitó durante los años de mi infancia. Fue poco después de que nos mudáramos a esa casa en concreto cuando mi padre nos sermoneó sobre su filosofía de una «vida de alquiler». Nos explicó que no era posible vivir de otra manera y que intentar hacerlo era la peor forma de locura. «Debemos consagrarnos a la realidad de la *no-propiedad*», nos dijo a mi madre, a mi hermana y a mí cerniéndose sobre nosotros y gesticulando con sus pesados brazos mientras lo escuchábamos arremolinados en un sofá alquilado dentro de una casa alquilada. «Nada nos pertenece. Todo es alquilado. Incluso nuestras cabezas están repletas de ideas alquiladas que han ido pasando de generación en generación. Vuestros pensamientos se asientan en el mismo lugar en el que se han asentado los pensamientos de innumerables personas, y han dejado su marca, al igual que el trasero de otras personas dejaron su marca en ese sofá en el que ahora estáis sentados. Vivimos en un mundo donde cada superficie, cada opinión o pasión, todo en su conjunto está contaminado por los cuerpos y mentes de extraños. Piojos —piojos intelectuales y piojos físicos de otras personas— se pasean a nuestro alrededor y por nuestro cuerpo en todo momento. No hay manera de escapar de este hecho».

Sin embargo, era precisamente de este hecho de lo que mi padre parecía tan ansioso de escapar durante el tiempo

que pasamos en aquella casa. Era una residencia especialmente infestada por piojos en un barrio malo que limitaba con otro barrio aún peor. El lugar además estaba ligeramente encantado, lo cual era prácticamente la norma de las casas que mi padre elegía alquilar. Varias veces al año, de hecho, recogíamos los bártulos de algún sitio y nos instalábamos en otro, y siempre guardaba una distancia considerable entre nuestras ubicaciones, o reubicaciones. Y cada vez que entrábamos en una nueva casa de alquiler por primera vez, mi padre declaraba que aquel era un lugar donde podría «conseguir hacer algo». Poco después, comenzaba a pasar cada vez más tiempo en el sótano de la casa y a veces permanecía allí durante semanas enteras. El resto teníamos prohibido entrar en los territorios subterráneos de mi padre a menos que hubiéramos sido invitados explícitamente a participar en alguno de sus proyectos. La mayor parte del tiempo yo era el único sujeto disponible, porque mi madre y mi hermana se ausentaban con frecuencia para emprender uno de sus «viajes», de cuya naturaleza jamás fui informado y de los que rara vez escuchaba hablar a su regreso. Mi padre se refería a estas ausencias por parte de mi madre y de mi hermana como «sabáticos misteriosos» para ocultar su ignorancia o falta de interés en sus excursiones. Y con esto no estoy quejándome porque me importara que me dejaran solo (y mucho menos que echara de menos a mi madre y sus cigarrillos europeos que apestaban la atmósfera de la casa). Como el resto de la familia, yo era experto en entretenerme de una forma apasionada, y tanto da que mi pasión fuera o no fuera una pasión alquilada.

Una noche a finales de otoño me encontraba en el piso de arriba, en mi dormitorio, preparándome para una de esas escapadas cuando sonó el timbre de la puerta. Éste era un acontecimiento inusual, cuando menos, en nuestro hogar. Por aquel entonces mi madre y mi hermana se encontraban de viaje en uno de sus sabáticos y mi padre no había salido de su sótano desde hacía varios días. Así pues,

parecía que dependía de mí responder o no al estridente timbre de la puerta, que, por cierto, era la primera vez que lo oía desde que nos mudamos a la casa, y tampoco recordaba haberlo escuchado en ninguna de las otras casas alquiladas en las que pasé mi infancia (por algún motivo, siempre creí que mi padre desconectaba los timbres en cuanto nos reubicábamos en una casa alquilada). Me moví vacilante, esperando que el intruso, o intrusos, se hubieran marchado cuando llegara a la puerta. El timbre volvió a sonar. Afortunadamente, e increíblemente, mi padre había subido del sótano. Me quedé de pie entre las sombras en lo alto de las escaleras cuando vi su enorme forma moviéndose por el salón, al tiempo que se quitaba la sucia bata blanca de laboratorio y la arrojaba a un rincón antes de llegar a la puerta. Naturalmente, pensé que mi padre esperaba una visita, y que ésta tal vez tenía algo que ver con sus tareas en el sótano. Sin embargo, quedó claro que ése no era el caso, al menos por lo que pude oír desde el piso de arriba.

Por el sonido de su voz deduje que el visitante era un hombre joven. Mi padre le invitó a entrar mientras le hablaba de una forma franca y afable que yo sabía que era del todo forzada. Me pregunté cuánto tiempo podría aguantar ese tono de conversación tan poco habitual en él, porque invité al joven a sentarse en el salón donde los dos podrían hablar «cómodamente», una palabra que sonaba muy extraña en boca de mi padre.

—Como le decía, señor —dijo el joven—, estoy recorriendo el barrio para informar a la gente sobre una organización muy respetable.

—Ciudadanos por la Fe —le interrumpió mi padre.

—¿Ha oído hablar de nuestra organización?

—Sé leer el pin de la solapa de su chaqueta. Es suficiente para permitir que me haga una idea de sus principios generales.

—Entonces, tal vez podría estar interesado en hacer una donación —dijo el joven.

—Sin duda, lo estoy.

—Eso es estupendo, señor.

—Pero con la condición de que me permita *cuestionar* sus absurdos principios... ponerlos realmente a prueba. Llevaba ya un tiempo esperando que usted, o alguien como usted, se acercara por aquí. Es casi como si algún elemento de mediación fortuito le hubiera traído a esta casa, si es que creyera en algo tan ridículo.

Y así acabó la efímera capitulación de mi padre a la franqueza y la bonhomía.

—¿Señor? —dijo el joven, al tiempo que fruncía levemente el ceño, confundido.

—Se lo explicaré. Usted tiene estos dos principios en su mente, y posiblemente sean los únicos principios que aportan cohesión a su estructura mental. El *primero* es el principio de las naciones, los países, todo el jaleo de las tierras madre y las tierras padre. El *segundo* es el principio de las deidades. Ninguno de estos principios posee un ápice de realidad. Son simples impurezas que envenenan su mente. En una sola frase, Ciudadanos por la Fe ha incorporado dos de los *tres* principios importantes, o impurezas, que deben ser eliminados, completamente erradicados, para que nuestra especie pueda iniciar un acercamiento a una concepción pura de la existencia. Sin una concepción pura, o algo que se aproxime a una concepción pura, todo es un desastre y continuará siendo un desastre.

—Entiendo entonces que no está interesado en hacer una donación, señor —dijo el joven.

Y en ese instante mi padre hundió la mano en el bolsillo derecho de sus pantalones y sacó un fajo de billetes enrollados en un tubo y atados con una goma gruesa. Lo sostuvo ante los ojos del joven.

—Esto es para usted, pero sólo si me permite que tenga la oportunidad de derrotar esos principios abyectos y limpiarlos de su mente.

—No creo que mi fe sea algo que esté sólo en mi mente.

Hasta ese momento, pensé que mi padre se limitaba a provocar al joven por pura diversión, quizás como un medio de distracción tras el trabajo en el que había estado inmerso de forma tan intensa durante los últimos días. Luego escuché lo que a mis oídos sonó como un cambio funesto en las palabras de mi padre, revelando su cambio desde el iconoclasta de la vieja escuela que había estado representando a un ser desesperado y sin escrúpulos con respecto al joven.

—Por favor, perdóneme. No quise decir que algo así sólo estuviera en su mente. ¿Cómo podría pensar eso cuando sé perfectamente que algo semejante habita en esta misma casa?

—Él está en todas las casas —dijo el joven—. Está en todas partes.

—Sin duda, sin duda. Pero algo similar está muy presente en esta casa en concreto.

Sospechaba que mi padre se refería a la naturaleza encantada —aunque apenas merecía dicha descripción— de nuestra casa alquilada. Yo mismo le había ayudado en un pequeño proyecto relacionado con esta naturaleza y sobre lo que podría significar, al menos eso fue lo poco que mi padre me había querido explicar de tales cosas. Incluso me permitió guardar un recuerdo de este «experimento fase uno», como lo llamaba. No estaba en absoluto seguro de que éste fuera el caso y entonces mi padre aludió al sótano.

—¿Sótano? —preguntó el joven.

—Sí —respondió—. Podría mostrárselo.

—No está en mi mente, pero está en su sótano —dijo el joven como si intentara aclarar lo que afirmaba mi padre.

—Sí, sí. Permítame que se lo muestre. Y después haré una generosa donación a su organización. ¿Qué me dice?

El joven no dijo nada y tal vez fuera ésa la razón de que mi padre gritara rápidamente mi nombre. Retrocedí unos pasos y esperé, luego descendí las escaleras como si no hubiera estado espiando todo el rato.

—Éste es mi hijo —dijo mi padre al joven, que se levantó para darme la mano; era delgado y llevaba un traje de segunda mano, exactamente como me lo había imaginado mientras espiaba en lo alto de las escaleras—. Daniel, este caballero y yo tenemos un asunto que tratar. Quiero que te asegures de que no nos molestan.

Yo simplemente me quedé allí de pie como si tuviera la intención de seguir obedientemente esas instrucciones. Entonces mi padre se volvió hacia el joven y le señaló el camino al sótano.

—No nos llevará mucho tiempo.

Sin duda, mi presencia —es decir, la *normalidad* de mi presencia— fue un factor determinante en la decisión del hombre de bajar al sótano. Mi padre debía saberlo. Pero no sabía, ni se habría preocupado lo más mínimo de haberlo sabido, que salí de la casa en cuanto cerró la puerta del sótano tras de él y su invitado. Pensé en quedarme por la casa durante un rato, aunque sólo fuera para hacerme una idea de la fase en la que había entrado ahora el experimento de mi padre, puesto que yo había participado en las primeras fases. Sin embargo, esa noche yo estaba ansioso por ver a una amiga que vivía en el barrio.

Para ser precisos, mi amiga no vivía en el barrio *malo* en el que mi familia había alquilado la casa, sino en el barrio *peor* junto al nuestro. Tan sólo estaba a unas cuantas calles, pero ésa era la distancia entre un barrio donde algunas de las casas tenían barrotes en las puertas y ventanas, y otro en el que no quedaba nada que proteger o salvar o por lo que preocuparse. Era otro mundo... un paraíso retorcido de peligro y enajenación... de casas en ruinas apiñadas unas junto a otras... de casas quemadas que derivaban hacia la total extinción... de casas con agujeros negros donde

en otro tiempo hubo puertas y ventanas... y de solares vacíos sobre los que brillaba una luna que era vagamente diferente a la que se veía desde cualquier otro lugar de la Tierra.

En ocasiones había alguna casa aislada erguida precariamente sobre un campo abierto de sombras y cristales rotos. Y la casa estaba tan torcida por su ruinoso estado que la posibilidad de que estuviera habitada hacía que mi imaginación se adentrara en un pozo de oscuros misterios. Tras una mirada más detenida, se podían observar sábanas desgastadas y raídas en lugar de cortinas. Finalmente, después de una contemplación prolongada, el milagro de un fulgor suave y ondulante se revelaba en el interior de la casa.

Poco después de que mi familia se mudara a un vecindario donde tales lugares eran habituales, encontré una casa en particular que era nada menos que el prototipo de la clase de vivienda, por decirlo así, que acabo de describir. Clavé la mirada en ella, paralizado como si estuviera contemplando una visión milagrosa. Entonces, una de las sábanas que cubría el ventanal principal se movió ligeramente y la voz de una mujer me llamó mientras me tambaleaba sobre los escombros destrozados de una acera.

—Eh, tú. Eh, chico. ¿Tienes dinero?

—Algo —contesté a aquella voz poderosa.

—Entonces, ¿me harías un favor?

—¿Qué? —pregunté.

—¿Irías a la tienda y me comprarías unas de esas barras de salami? Las largas, no las cortas. Te las pagaré cuando vuelvas.

Cuando regresé de la tienda, la mujer volvió a llamarme a través de las sábanas iluminadas.

—Sube con cuidado los escalones del porche —dijo—. La puerta está abierta.

La única luz dentro de la casa emanaba de un pequeño televisor sobre un soporte metálico. El televisor estaba orientado hacia un sofá que parecía estar ocupado de lado

a lado por una mujer negra de edad indefinida. En la mano izquierda sujetaba un tarro de mayonesa y en la derecha una salchicha cruda, la última de un envase vacío tirado en el suelo de la casa. Hundió la salchicha en la mayonesa, luego la sacó sin apartar los ojos del televisor. Tras chupar un poco de mayonesa de los dedos, enroscó la tapa del tarro y lo colocó a un lado del sofá, el cual parecía ser el único mobiliario de la habitación. Le ofrecí las barritas de salami y ella depositó unas monedas en mi mano. Era la cantidad exacta que había pagado por ellas, más un dólar.

Apenas daba crédito a que estuviera realmente dentro de una de las casas que había admirado desde que mi familia se mudó al barrio. Era una noche fría y la casa no tenía calefacción. La televisión debía funcionar con pilas, porque no se veía ningún cable por la parte de detrás. Me sentía como si hubiera atravesado una enorme barrera para entrar en un puesto fronterizo abandonado hace mucho por el resto del mundo, un lugar separado de la propia realidad. Quería preguntarle a la mujer si me permitía acurrucarme en algún rincón de aquella casa y no abandonarla nunca más. Pero en lugar de eso le pregunté si podía usar el cuarto de baño.

Ella me miró en silencio durante unos segundos y luego metió la mano por detrás de los cojines del sofá. Sacó una linterna. Me la pasó y dijo:

—Usa esto y ten cuidado. Es la segunda puerta por el pasillo. No la primera... la segunda puerta. Y no te caigas dentro.

Mientras avanzaba por el pasillo mantuve la linterna apuntada al suelo de madera sucio y abombado a unos cuantos pies por delante de mí. Abrí la segunda puerta, no la primera, luego la cerré al entrar. La habitación en la que me encontraba no era un baño, sino un retrete grande. En la parte de atrás del retrete había un agujero en el suelo y vi que conducía directamente al sótano de la casa. Allá abajo había trozos de un lavabo y una taza de váter de por-

celana, que debieron caer por el derrumbamiento del suelo del baño, que era la habitación que en otro tiempo estuvo tras la primera puerta del pasillo. Como era una noche fría y la casa no tenía calefacción, el olor no era del todo apestoso. Me arrodillé en el borde del agujero e iluminé hacia abajo con la linterna alumbrando hasta donde llegaba el fino haz de luz. Pero los únicos objetos que vi fueron algunas botellas rotas clavadas en los estratos de excrementos humanos. Pensé en qué otras cosas podría haber en ese sótano... y me quedé abstraído en esos pensamientos.

—Eh, chico —escuché exclamar a la mujer—. ¿Estás bien?

Cuando regresé a la parte delantera de la casa, vi que la mujer tenía otros visitantes. Cuando levantaron las manos protegiéndose los ojos con el dorso me di cuenta de que todavía sostenía la linterna encendida en la mano. La apagué y se la devolví a la mujer del sofá.

—Gracias —dije mientras maniobraba entre los otros en dirección a la puerta de entrada. Antes de irme, me volví hacia la mujer y le pregunté si me permitía que volviera a su casa.

—Si quieres —dijo—. Sólo asegúrate de traerme algunas barritas de salami.

Así conocí a mi amiga Candy, cuya casa visité en muchas ocasiones desde nuestro primer encuentro aquella excitante noche. Durante algunas de las visitas, que no siempre eran de noche, ella estaba ocupada con su negocio y yo me quitaba de en medio mientras una hilera de gente, joven y vieja, negra y blanca, entraba y salía. En otras ocasiones, cuando Candy no estaba tan ocupada, me apiñaba junto a ella en el sofá y veíamos la televisión juntos. A veces hablábamos, aunque nuestras conversaciones por lo general eran bastante breves y superficiales, y se atascaban en alguno de los abismos que dividían nuestras respectivas vidas y que no podían ser cruzados por ninguno de los dos. Cuando le hablé de los hediondos cigarrillos europeos de

mi madre, por ejemplo, Candy parecía tener dificultades para comprender la idea de «europeos», o quizás fuera con la propia palabra. Del mismo modo, a veces yo era incapaz de proporcionar un contexto de mi propia vida que me permitiera comprender algo que ella exclamaba de forma casual cuando estábamos viendo la televisión. Llevaba visitando su casa al menos un mes cuando, sin venir a cuento, Candy me lo dijo:

—¿Sabes?, tenía un hijo de tu edad.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté.

—Oh, le mataron —dijo, como si tal respuesta bastara por toda explicación. Nunca le pedí a Candy que abundara en el tema, pero tampoco pude olvidar sus palabras, o la voz resignada y distante con que las pronunció.

Más tarde averigüé que un considerable número de niños habían sido asesinados en el barrio de Candy, algunos de ellos parecían ser víctimas de un asesino en serie de niños que había estado actuando en los peores barrios de la ciudad durante unos cuantos años antes de que mi familia se mudara allí (de hecho, fue mi madre quien, con una falta de sinceridad atroz, me advirtió sobre «un perverso peligroso» que iba por ahí sigilosamente rebanando los pescuezos de niños en lo que ella denominaba «aquel terrible barrio donde vive tu amiga»). La noche que me marché de nuestra casa alquilada después de que mi padre bajara al sótano con el joven del traje de segunda mano, pensé en ese asesino de niños mientras caminaba por las calles que llevaban a la casa de Candy. Estas calles me atraparon con mayor intensidad después de enterarme de los asesinatos de niños, como una pesadilla que ejerce un poder hipnótico y que fuerza tu mente a revisar sus imágenes y acontecimientos una y otra vez por mucho que quieras olvidarlos. Aunque no estaba interesado realmente en convertirme en víctima del asesino de niños, la amenaza de que me ocurriera algo así incrementaba mi fascinación por aquellas ca-

sas abarrotadas y los estrechos espacios entre ellas, añadiendo otra sombra a las que ya envolvían aquel barrio.

Mientras caminaba hacia la casa de Candy, iba con una mano metida en el bolsillo del abrigo en el que llevaba algo que mi padre había fabricado para ser usado en el caso de que, parafraseando a mi padre incorregiblemente imaginativo, alguien intentara alguna vez infligir daño a mi persona. Mi hermana recibió un cacharro idéntico. Parecía una pluma de escribir (padre nos dijo que no contáramos nada a nadie sobre estos aparatos, incluyendo a mi madre, que por su parte ya se había equipado para su protección con una pistola automática de calibre pequeño). En varias ocasiones estuve tentado de mostrar ese instrumento a Candy, pero al final decidí no romper el voto de silencio sobre el que mi padre había insistido tanto. Sin embargo, mi padre me había dado otra cosa que llevaba en una bolsa de papel pequeña que balanceaba en una mano y que estaba ansioso por enseñar a Candy aquella noche. No se había especificado ninguna restricción en cuanto a revelar eso a alguien, aunque probablemente ni se le pasó por la mente a mi padre que a mí se me ocurriera hacerlo alguna vez.

Lo que llevaba conmigo dentro de un pequeño tarro en la bolsa de papel era un residuo, se podría decir, del experimento de la primera fase en la que ayudé a mi padre poco después de que nos instaláramos en nuestra casa alquilada. Ya he mencionado que, como tantas de las casas en las que vivimos la familia durante mi infancia, nuestra última residencia estaba imbuida de una cierta atmósfera encantada, por muy leve que pudiera ser en este caso. En concreto, este encantamiento se manifestaba en una presencia definida que yo sentía en el ático de la vivienda, donde pasaba mucho tiempo antes de convertirme en un asiduo de la casa de Candy. Como suele ocurrir con estas cosas, en mi experiencia, no había nada especialmente extraordinario en dicha presencia. Parecía estar concentrada cerca de las vigas de madera que atravesaban el ático y de las cuales,